

Con su ademán feroz parecía que sembraba de odio la tierra y que evocaba la destrucción de cuanto tenía ante su vista. Luego miró á lo alto, á la oscuridad del cielo encapotado y se alejó de la casa entre las tinieblas de la noche.

La madre que había tirado de la falda de Alicia, una y otra vez sin resultado, no había quitado los ojos de los cuartos caídos en el suelo de la habitación : todas sus facultades parecía que estaban concentradas en aquella mirada. Luego quiso dedicarse á buscar las monedas que habían rodado fuera de la casa ; pero su hija la arrastró consigo y así regresaron ambas á su casucha. La vieja no hizo más que llorar en todo el camino y lamentarse del proceder de su hija que la había privado de su comida desde el primer momento. Tuvo que contentarse con unas cortezas de pan duro que royó acurrucada junto á la lumbre mientras su descastada hija dormía.

¿No eran aquella miserable madre y aquella miserable hija, la reproducción en pequeño de los vicios sociales que prevalecen en esferas más altas? ¿Será cierto que compuesta la tierra de círculos concéntricos los extremos se tocan y que siempre venimos á encontrarnos al fin del viaje, en el mismo punto de partida? Si se exceptúa la gran diferencia de las telas y hechuras, ¿no será éste el modelo de no pocas personas de alcurnia?

¡Dígallo, Edith Dombey! Y Cleopatra, la mejor de las madres, apórtenos su valioso testimonio.

CAPÍTULO XXXV

LA FELIZ PAREJA

La mancha negra de la calle ha desaparecido. La casa mansión de mister Dombey si en algo se distingue de las demás vecinas es por la esplendidez y por su brillo. Dice un proverbio que no hay casa pequeña para quien la tiene : en el caso de mister Dombey podía decirse que no había casa harto grande, palacio harto suntuoso para templo de sus dioses lares.

Esta noche sale resplandeciente luz por todas las ventanas ; el color rojo de las brasas se refleja de la chimenea en las alfombras y tapices. La mesa está primorosamente adornada y, sin embargo, no van á comer más que cuatro personas, en familia. El aparador se halla cargado de vajilla. Es la primera vez que se sirve en el comedor, desde que se hicieron las obras y la transformación de la casa : está para llegar la feliz pareja.

Todo la servidumbre de la casa tiene grande curiosidad de ver á los recién casados. Mistress Perch toma el te, en la cocina : ha dado ya una vuelta por las habitaciones, ha calculado el valor de los damascos y las sedas á tanto la yarda y ha agotado las admiraciones del diccionario para expresar la sensación que

aquellas riquezas la han causado. El oficial del tapicero que ha dejado en el recibimiento, encima de una silla, su sombrero y dentro de éste su pañuelo, de los que se desprende un penetrante olor á barniz, está mirando las cornisas y luego baja la cabeza y mira las alfombras; con silenciosa admiración saca una regla del bolsillo y mide aquí y allá dispendiosos objetos de su arte inefablemente satisfecho. La cocinera está en el pleno goce de su ingenio; dice que su deseo es que haya comidas con muchos convidados (apostaría con sumo gusto seis peniques á que los habrá, de seguro, con el nuevo sistema de la casa) porque ella tiene gran disposición para la cocina, desde pequeñita revelaba ya esta disposición, no hay quien lo ignore: mistress Perch al escuchar esto hace señal de aprobación suspirando. La segunda doncella manifiesta sus esperanzas de que el nuevo matrimonio sea feliz; pero no hay que olvidarse — dice — de que el matrimonio es una lotería. Opina, además, que existe mayor independencia, incomparablemente, y mucha mayor tranquilidad en la vida de soltero. Towlinson se halla taciturno y de mal humor: quisiera que estallase una guerra contra Francia — contra el extranjero dice él, pero da lo mismo porque para él todo extranjero es necesariamente francés, conforme á las leyes de la naturaleza.

Siempre que les parece oír ruido de coches, interrumpen la conversación y escuchan: á veces hay una exclamación general « ¡ahí están! » Pero no son ellos: la cocinera está desconsolada porque ya se le pasa la comida; por dos veces sacó la sopa inútilmente. El oficial del tapicero sigue, en tanto, maravillándose en la contemplación del mobiliario al par que da la última mano.

Florencia está pronta á recibir á su padre y á su nueva mamá. Que las emociones agitadoras de su corazón se originen en placer ó en pena es cosa que no sabría determinar Florencia; pero se le coloran las mejillas y se animan sus ojos. Las gentes de escalera abajo concuerdan en reconocer que Florencia está muy linda esta noche y en voz baja — como siempre que se trata de Florencia — alguien añade que la pobre niña ha crecido mucho y está hecha una joven muy guapa. Hay una pausa y comprendiendo la cocinera que todos esperan su opinión sobre la materia se propone emitirla en su calidad de presidenta de aquel círculo y dice que la sorprende mucho el que... pero no sigue. Entonces la segunda doncella se sorprende también, lo mismo que le sucede á mistress Perch, la cual tiene la feliz facultad social de sorprenderse cuando los demás se sorprenden sin saber exactamente por qué. Towlinson se hace cargo de la oportunidad que hay en tranquilizar el ánimo de aquellas señoras y dice: « vivir para ver » añadiendo que « ojalá sea todo para bien. » La cocinera en aquel instante suspira y luego dice: « ¡Ah, qué mundo éste, qué mundo! » Y cuando la frase ha dado la vuelta por la reunión la cocinera persuasivamente añade. « Pero miss Florencia no puede menos de ganar en el cambio, Tom. » A lo que Towlinson disponiéndose á una contestación de singular alcance replica: « ¡Oh! no puede figurárselo. » Y con esto, no atreviéndose á ir más lejos en sus atrevidísimos juicios, se queda tranquilo.

Mistress Skewton para recibir dignamente á su querida hija y á su querido hijo político se ha vestido de una manera juvenil, un traje con las mangas muy cortas. Aun no ha salido de sus habitaciones, de las

cuales ha tomado posesión hace unas cuantas horas : allí comienza á fatigarse viendo que se retrasa la comida. Su doncella, que para estar en armonía con el ama debiera ser un esqueleto, es por el contrario, una buena moza y está de humor alegre : como que ya tiene la seguridad de cobrar su salario, con regularidad, por trimestres, á más de encontrarse bien instalada y de comer á gusto.

¿ Dónde está la feliz pareja esperada por tan hermosa casa ? ¿ Acaso el vapor, la marea, los caballos, acortan su velocidad para contemplar una felicidad tan grande ? ¿ Es que dificulta su marcha algún enjambre de amorcillos y gracias revoloteando en torno de ella ? ¿ Es que la felicísima pareja va caminando por sendero de flores de tal modo abundosas que forman vallados de rosas sin espinas y escaramujos olorosos ?

¡ Al fin están aquí ! Suena el rodar de un coche, se va acercando, se detiene en la puerta. El ominoso extranjerero da un estrepitoso aldabonazo antes de que tengan tiempo de acudir á la puerta Towlinson y los demás criados. Se abre de par en par la puerta y baja del carruaje mister Dombey, y luego su mujer ; con ella, dándola el brazo, entra en su mansión mister Dombey.

— ¡ Queridísima Edith ! — grita una voz en la escalera. — ¡ Queridísimo Dombey ! — Y en seguida las mangas cortas abrazan por turno á la pareja.

También ha bajado Florencia, pero no se precipita al encuentro ; tímidamente espera á que se calmen aquellos transportes de bienvenida. Pero Edith la busca con la vista y, dejando á su sensible madre con un beso leve en la mejilla, corre hacia Florencia y la abraza.

— ¿ Cómo va, Florencia ? — dice mister Dombey dando la mano á su hija.

Florencia, temblando, llevó aquella mano á sus labios y dirigió la mirada á su padre. En aquel instante también él la miraba, con frialdad, como para mantenerla en distancia ; pero á Florencia le pareció que su padre manifestaba mayor interés que hasta entonces ; daba á entender sorpresa, pero no precisamente desagradable. Florencia no se atrevió á mirar, pero comprendía que su padre sí seguía mirándola. Sintió un estremecimiento de júbilo al pensar que acaso empezaba á confirmarse su esperanza de conquistar el cariño de su padre con ayuda de su nueva y hermosa mamá.

— ¿ No tardarás mucho en vestirme ? — dijo mister Dombey á su señora (1).

— Me arreglaré en seguida.

— Sirvan la mesa dentro de un cuarto de hora.

Dicho esto se dirigió majestuosamente mister Dombey á su gabinete-tocador, y mistress Dombey se internó en sus habitaciones. Mistress Skewton y Florencia reaparecieron en la sala, donde la excelente madre lloró un poco, persuadida de que su deber en

(1) No pudiendo emplear el *vos* en castellano, porque no se usa, se nos presenta aquí la dificultad de traducir el *you* por *usted* ó por *tu*, y pareciéndonos que llamarse de *usted* marido y mujer no es admisible en las costumbres españolas, ni aun las más ceremoniosas, optamos por el *tu* excepto, claro está, en momentos de contienda ó disputa, en que el *usted* se halla indicado. Entiéndase, sin embargo, que el inglés emplea la forma *vos* (*You will not be long dressing*). De igual manera hemos hecho hablar á mister Dombey de *tu* á su hija ; en realidad el texto inglés la trata de *vos*. Y lo mismo Edith (*You a great sorrow, Florence*). Sobre esto nos hemos explicado en el Preliminar. (N. del T.)

aquellas circunstancias era derramar unas lágrimas, testimonio de su emoción al contemplar la felicidad de su hija. Aun estaba con el pañuelo en los ojos cuando se presentó su hijo político.

— Y ahora, querido Dombey, ¿qué me dice usted de París, de esa deliciosa ciudad? — preguntó mistress Skewton sobreponiéndose á su emoción.

— Hacía frío — contestó mister Dombey.

— Alegre como siempre — dijo mistress Skewton, — de seguro.

— No mucho, más bien me ha parecido aburrido — dijo mister Dombey.

— ¡Oh, querido Dombey! — exclamó mistress Skewton con tonillo burlón. — ¡Qué me cuenta usted!

— Esa es la impresión que me ha hecho — contestó mister Dombey con seriedad y cortesía. — Y yo creo que mistress Dombey es de este mismo parecer, según me lo ha dicho en dos ó tres momentos.

— ¡Eh, picarilla, ven acá! — exclamó mistress Skewton dirigiéndose á su querida hija que entraba en la sala. — ¡Ven acá! ¿Qué heregías son esas que os permitís sobre París?

Edith no contestó; miró con señal de cansancio, pasó por delante de las puertas que dejaban ver la esplendidez de las habitaciones, pero no hizo más que mirar sin fijarse. Se dirigió hacia donde estaba Florencia y se sentó junto á ella.

— Mi querido Dombey — dijo mistress Skewton, — es admirable la precisión con que estas gentes han sabido llevar á la práctica las ideas que les hemos dado; esto no es una casa, positivamente es un palacio.

— Ha quedado muy bien — dijo mirando en de-

redor mister Dombey. — Ya dispuse que no se reparara en gastos, y me parece que se ha hecho cuanto se puede conseguir con dinero.

— ¡Y qué será lo que no consiga el dinero, querido Dombey! — exclamó Cleopatra.

— Es omnipotente, señora — contestó mister Dombey al mismo tiempo que dirigía una solemne mirada á su mujer. Pero ésta no se enteró de la mirada.

— Espero que te parecerá bien lo hecho — dijo mister Dombey á su mujer pasado un momento.

— No está mal — contestó con indiferencia Edith. Por fuerza tenía que resultar bien, ya lo suponía.

La expresión con que dijo esto Edith era de menosprecio como siempre, pero con algo nuevo, porque, tratándose de manifestar su desdén por la riqueza de mister Dombey, sabía encontrar Edith en todas ocasiones nuevos y más claros acentos. Ensimismado en su propia glorificación, no se enteraba nunca Dombey, y eso que las manifestaciones de Edith no tenían nada de encubiertas. Ahora, por ejemplo, la mirada de Edith en derredor, al examinar aquel lujo de que tanto se envanecía Dombey, fué tan despreciativa que no se podía dudar de ella; quería significar claramente que, no aquella fortuna, sino otra mil veces mayor, sería incapaz de obtener una mirada cariñosa de Edith, cuyo ánimo enteramente se sublevaba contra Dombey. Quería significar también que consideraba aquella fortuna como cosa suya, cosa que le pertenecía como precio, baja é indigna retribución, de su venta en matrimonio á aquel hombre. Para Edith evidentemente era humillante y vergonzoso cuanto aludía á las riquezas en cuya ostentación se complacía mister Dombey.

Anunciaron que estaba servida la comida. Mister

Dombey dió el brazo á Cleopatra; detrás iban Edith y Florencia. Pasó Edith por delante del aparador cargado de vajilla de oro lo mismo que si hubiera estado cargado de cieno; se sentó en su sitio y, sin más movilidad que una estatua, se puso á comer.

Claro está que mister Dombey parecía otra estatua. No estaba descontento de la actitud de su mujer, armonizaba perfectamente con la suya. Presidió la mesa con su acostumbrada dignidad, ya que no podía dar una animación de que carecía. La comida, por consiguiente, resultó fría, helada; pero no porque estuviese mal servida, ni en la cocina dejaran de esmerarse; la frialdad, el hielo, estaba en el ambiente que circundaba á la feliz pareja.

Tomado el te, mistress Skewton dijo que estaba sumamente cansada, efecto de la emoción sufrida, del júbilo experimentado por el regreso de su querida hija unida al elegido de su corazón; en consecuencia, se retiró para acostarse. ¿Decía verdad mistress Skewton? Tal vez no; tal vez era que no le parecía muy alegre aquella reunión de familia; llevaba una hora bostezando detrás del abanico. Edith, sin decir una sola palabra, se retiró también. De modo que, al entrar Florencia en la sala (había subido á su cuarto para hacer una fiesta á Diógenes), trayendo su cestillo de labor en la mano, halló á su padre solo, paseándose á lo largo con lúgubre magnificencia.

— Dispense usted, papá — dijo Florencia deteniéndose y temblando. — ¿Debo retirarme?

— No, no hay necesidad — contestó mister Dombey volviendo un poco, nada más, la cabeza. — Puedes entrar y salir como quieras, esta habitación no es mi gabinete.

Florencia entró, se sentó junto á una mesita y em-

pezó á trabajar en su labor. Por la primera vez en su vida — por la primera vez en lo que recordaba desde su infancia hasta aquel instante — se encontraba á solas con su padre. Ella, su compañera natural, su hija única, que en su vida de soledad y penas había conocido todas las amarguras de un corazón doliente, no dejó nunca de invocar el nombre de Dios orando por su padre; ella, que había querido morir, siendo niña, para que su padre la tuviera en sus brazos, ella estaba allí temblando y sin ver lo que en derredor suyo pasaba. La figura de su padre, al cruzar paseándose, le parecía más grande conforme iba acercándose. Otras veces creía verle entre nubes, otras exactamente como era. Luego creía que soñaba un sueño que duraba ya muchos años. Sentíase impulsada hacia su padre y luego con deseos de huir cuando él se aproximaba. Increíble emoción en una niña inocente, desconocedora del mal. Desnaturalizada fué la mano que sembró en aquel puro corazón el germen de aquellos sentimientos.

No quería Florencia ni distraer la atención de su padre ni causarle molestia; de modo que siguió en su labor sin hablar palabra. Su padre siguió también paseándose hasta que, por último, se sentó en una butaca, en un rincón, y tapándose la cara con un pañuelo se quedó adormecido.

Feliz se quedaba Florencia con velar el sueño de su padre; de cuando en cuando le miraba, volviendo luego á su costura, contenta al pensar que su padre podía dormir aunque ella estaba allí presente.

¡Qué hubiera dicho si se hubiese enterado de que su padre no dormía! No dormía, sino que la miraba; porque, por casualidad ó de propósito, el pañuelo no le tapaba los ojos. ¡Si hubiera sabido que cuando

dirigía la mirada á su padre se cruzaba con la de éste! ¡Si hubiera advertido que cuando concentraba de nuevo su atención en la obra, su padre respiraba con más tranquilidad, sin dejar por eso de mirarla, como si experimentase complacencia y no pudiese apartar la vista de su hija!

¿Qué pensamientos ocupaban al padre? ¿Qué emociones le llevaban á contemplar atentamente á una hija que apenas conocía? ¿Leía algún reproche en aquellos ojos que con tanta calma le miraban? ¿Empezaba á comprender que Florencia podía reivindicar derechos á su afecto, derechos que él había desconocido y que ahora se le representaban como cruel injusticia?

Hay momentos en la vida de los hombres, hasta en aquellos que más rígidos y severos parecen, en que se sobrepone á todos los demás sentimientos el de una secreta ternura. Puede ser que al contemplar la hermosura de su hija, hecha ya una mujer, sin que él se hubiera dado cuenta de la transformación hasta entonces, puede ser que esto hubiera tocado en el corazón de aquel hombre orgulloso. También podía ser que considerara en aquel momento de qué manera había tenido la felicidad en su mano, de qué manera el ángel bueno del hogar se había puesto de rodillas tantas veces en su presencia sin que él se dignara mirarle. Acaso sentía la voz cariñosa de su hija, hablándole en el alma y diciéndole: « Por los lechos fúnebres en que he orado, por la infancia desventurada que he sufrido, por nuestro encuentro á media noche en esta triste casa, por el grito arrancado á mi dolorido corazón, ¡oh padre! ¡ven á mí! ¡busca tu refugio en mi amor antes que sea tarde!» Tal vez le preocupaban pensamientos menos elevados

y nobles; decíase quizás que ahora, gracias al nuevo vínculo que venía á reemplazar al hijo perdido, podía perdonar á su hija el que le hubiera suplantado en su afecto. ¿No influiría también en el estado de alma del padre la consideración de que Florencia era ya un ornato para su domicilio? De todos modos, cuanto más miraba á su hija, más se enternecía, más la confundía con el hijo que había perdido; no podía separarlos. Hubo un instante en que, mirándola, le pareció verla con luz más clara y más brillante, no como rival suya en el cariño de su hijo — pensamiento monstruoso, — sino como alma del hogar, cuya acción se había extendido hasta él mismo cuando reclinó la cabeza en sus manos al pie de la camita de Pablo. Sentía deseos de llamarla. Las palabras « Florencia, ven aquí, » estaban rozándole los labios; pero tan extrañas eran para él, tan difíciles de articular, que no podía pronunciarlas. De aquel trance vino á sacarle el oír ruido de pasos.

Era su mujer. Se había quitado el traje que se puso para bajar al comedor; vestía una bata y tenía el pelo suelto. Pero no fué este el cambio que hizo estremecer á mister Dombey.

— Florencia, hija mía — dijo Edith, — te he buscado por todas partes.

Sentóse Edith al lado de Florencia y la besó la mano.

Aquel cambio fué el incomprendible para mister Dombey; aquella sonrisa, sus maneras, el tono de su voz, el brillo de sus ojos, el interés, la confianza, el deseo de agradar expresado en todo — no, aquella no era Edith.

— Bajito, mamá — dijo Florencia. — Papá está durmiendo.

Volvió Edith la vista hacia míster Dombey : esta vez sí era ella, la de siempre.

— No creía encontrarte aquí, Florencia.

Otra vez se suavizó la expresión de Edith, en un instante.

Me retiré pronto — dijo Edith — para subir á hablar contigo. Sólo que al entrar en tu cuarto, mi pajarillo había volado : he estado esperando á que volviera.

Y diciendo esto abrazó tiernamente á Florencia.

— Vámonos, hija mía.

— ¿No se sorprenderá papá cuando se despierte al ver que ya no estoy? — preguntó Florencia, vacilando en quedarse.

— ¿Qué te parece, á ti, Florencia? — dijo Edith mirándola á la cara.

Florencia bajó la cabeza, se levantó, cogió el cestillo de su labor y se marchó con Edith, del brazo como si fueran dos hermanas. Míster Dombey las siguió con la vista hasta que traspusieron la puerta, pero continuó en su rincón hasta que las campanas de la torre vecina dieron por tres veces la hora. La sala se había quedado á oscuras; mas aun era mayor la oscuridad que rodeaba su mente.

Florencia y Edith sentadas al amor de la lumbre estaban junto á la chimenea, en el cuarto donde murió Pablito. Diógenes había hecho al principio no pocas objeciones á la entrada de Edith, pero, por deferencia á su ama, lo consintió al fin entre gruñidos de protesta. Después, comprendiendo que había cometido una de esas torpezas á que se hallan expuestos los perros, por muy bien educados que sean, abandonó el pasillo, que era como su plaza fuerte, y entró en el gabinete yendo, en señal de reconciliación, á echarse

delante de la chimenea. Allí, al pie de su ama, anhelante y con la lengua fuera, se puso á escuchar la conversación entre Florencia y Edith.

Esta conversación recayó, para empezar, en los libros predilectos y en las ocupaciones preferidas de Florencia. Después vino á dar la conversación en un tema que interesaba mucho el corazón de Florencia, la cual, saltándosele las lágrimas dijo :

— ¡Oh, mamá! He tenido, desde que se fué usted, una gran pena.

— ¡Una gran pena, tú, hija mía!

— Sí, mamá, sí : se ha ahogado el pobre Wálter.

Florencia se tapó la cara con las manos y lloró. Sí, lloró, porque la desgracia de Wálter le había costado no pocas lágrimas secretas y ahora se expandía en el seno de Edith.

— Vamos, querida, vamos — dijo Edith acariciándola. — ¿Quién era Wálter? ¿Qué tenías que ver con él?

— Era mi hermano. Cuando se murió Pablo, nos prometimos ser hermano y hermana. Le conocí siendo muy niña. También le conocía Pablo, que le quería mucho. En sus últimos momentos dijo Pablo : « Cuidese de Wálter, papá, yo le quería mucho ». Cuando salieron á buscar á Wálter, porque mi hermano pedía verle, estaba aquí, en este cuarto...

— ¿Y se cuidaron, en efecto, de Wálter? — preguntó Edith con voz grave.

— ¿Papá? Lo mandó fuera. En este viaje ha naufragado el barco donde iba y así ha muerto!

Florencia sollozó y Edith la hizo otra pregunta.

— ¿Sabe tu papá que Wálter ha muerto?

— No lo sé; yo no puedo saberlo, mamá.

Echóse Florencia en los brazos de Edith y entre lágrimas añadió.

Ya comprendo que se ha enterado usted de...

— ¡Cállate, calla! — exclamó Edith, palideciendo y con acento tal que seguramente se hubiera callado Florencia aunque Edith no la hubiera puesto la mano en los labios. — Dime antes todo lo que concierne á Wálter : cuéntame todo hasta el final.

Florencia refirió detalladamente cuanto sabía, sin omitir lo que se refería á Toots de quien no pudo hablar sin sonreírse á pesar de sus lágrimas y de que en realidad le estaba agradecida.

Cuando concluyó su relato, que Edith había escuchado cuidadosamente y sin soltar la mano de Florencia, hubo un momento de silencio.

— ¿De qué decías antes que á tu parecer estoy ya enterada? — preguntó Edith.

— ¡De que... de que papá no me quiere! — exclamó Florencia acogiéndose otra vez al seno de Edith. — No me ha querido nunca : y yo no he sabido conseguir que me quiera; no he sabido y no me ha dado nadie consejo... Usted sí me lo dará, mamá : usted sí me dirá qué tengo que hacer para que mi padre me quiera, ¡usted que lo sabe tan bien!

Con otras palabra de agradecimiento y de ternura acabó de explicar Florencia su secreto : lloró mucho, pero menos amargamente que lo había hecho hasta entonces.

Pálida hasta en los labios, queriendo parecer serena, miró Edith cómo sollozaba Florencia : la abrazó, fué aflojando poco á poco el abrazo y por último se desprendió de ella y hablando con serenidad, como si no estuviese emocionada, dijo :

— Florencia, tú no me conoces. Guárdete Dios de recibir lecciones mías.

— ¿Lecciones de usted? — replicó Florencia sorprendida.

— Libreme Dios de enseñarte á amar ó á ser amada — dijo Edith. — ¡Si tú pudieras enseñarme eso á mí! pero ya es tarde. Cuenta con mi cariño, Florencia : no crea yo que pudiera llegar á tan grande afecto en tiempo tan breve.

Florencia iba á contestar algo, pero Edith la hizo señal de que no la interrumpiera y prosiguió :

— Seré siempre tu amiga : te querré tanto, ya que no sea tan bien, como quien más te quiera en el mundo. Puedes tener confianza en mí — no lo dudes — y comunicarme todos los secretos que tu puro corazón guarde. Tu padre ha podido casarse con cualquiera otra mujer mejor que yo; se cuentan á millares; pero ninguna te hubiera querido tanto como yo : ningún otro corazón te hubiera sido más adicto que el mío.

— Sí, sí : ya lo sé mamá — exclamó Florencia — desde el felicísimo día en que la vi por la primera vez ya lo sé.

— Felicísimo día — repitió casi involuntariamente Edith y continuó, diciendo : — No hago de esto un mérito pero, á la verdad, antes de haberte conocido pensé muchas veces en ti. Tu cariño y tu confianza me recompensan. Y ahora, Florencia, en esta noche, la primera que paso aquí, voy á comunicarte algo que necesito sepas y de que hablaré por primera y última vez.

Florencia quedó como sobrecogida y temerosa de lo que podría decirle Edith; pero siguió mirando al bello rostro de ésta.

— Nos trates nunca dijo Edith poniéndose la mano en el pecho — no trates nunca de buscar en mí lo que no tengo. No te alejes de mí porque no haya, aquí dentro, nada. Me irás conociendo mejor, y llegará el día en que me conozcas tan bien como yo misma me conozco. Confío en que serás entonces indulgente para conmigo y que no amargarás mi único recuerdo suave.

Las lágrimas que asomaron á los ojos de Edith probaban que la serenidad de su rostro no era más que aparente; pero siguió en esta apariencia, diciendo :

— Sí, ya estoy enterada de lo que me decías con respecto á tu padre : ya sé que eso es verdad. Pero, créeme — más tarde lo comprenderás bien, si ahora te pareciera extraño — créeme : no hay nadie en la tierra menos capaz que yo de acudir en tu auxilio para introducirte en el corazón de tu padre. No me preguntes nunca porqué : no hablemos nunca de esto, ni tampoco de mi marido : guardemos silencio en este punto, de manera absoluta.

Hubo un silencio prolongado. Florencia casi no se atrevía á respirar, como si en medio de las nieblas que envolvían su mente percibiese un tenue resplandor de la verdad y con él las consecuencias funestísimas que su imaginación ya se forjaba. Callada Edith su rostro volvió á la tranquila expresión, habitual en ella cuanto se encontraba con Florencia : se levantó después, la besó cariñosamente y dándole las buenas noches se despidió de ella y salió de la habitación, rápidamente.

Pero luego, cuando ya estaba acostada Florencia y no había otra luz en el cuarto que la producida por la lumbre, volvió Edith diciendo que no podía dormir y que estaba mal en su gabinete solitario. Acercó un

sillón á la chimenea y se sentó distrayéndose en ver extinguirse las chispas, una tras otra. Florencia miraba también á la lumbre, desde su lecho, suelta la cabellera y caída en rizados por la almohada : poco á poco fué quedándose adormecida y por fin se durmió enteramente.

Sin embargo, aun dormida tenía Florencia una indefinida impresión de lo que había dicho Edith : soñó con esto y tuvo como una pesadilla. Imaginábase que su padre estaba en un campo desierto y corría, corría, y ella iba detrás de su padre, corriendo, corriendo. Y saltaban barrancos, escalaban peñas, se metían por cuevas : ella iba detrás de su padre, llevando una redoma misteriosa, con un bálsamo maravilloso, que debía dar á su padre, si le alcanzaba... pero no le alcanzaba nunca. De pronto se encontró con su padre muerto, en aquel mismo cuarto, encima de aquella misma cama : sabía que su padre no la había querido nunca, hasta el último instante y se precipitó sobre su pecho, apasionadamente, llorando. Entonces apareció á su vista una perspectiva lejana donde se deslizaba un río y se oía una voz lastimera. « Florencia — decía aquella voz — el río corre, no ha dejado de correr nunca : ¡él te arrastra consigo ! » Y ella le veía, á distancia, tendiéndola los brazos ; y á su lado una figura que parecía Wálter estaba inmóvil y serena. A cada visión de éstas le parecía distinguir á Edith que iba y venía, contenta unas veces, triste otras, hasta que al fin se encontraban las dos al borde de una tumba y Edith la decía que mirase : y entonces miró Florencia y vió — ¿ qué ? — otra Edith que yacía en la tierra.

En el terror de aquella pesadilla Florencia dió un grito y se despertó. Una voz suave la dijo « Floren-

cia, querida Florencia, estás soñando ». Abrazó á su nueva mamá correspondiendo á sus caricias. Comenzaba á clarear la aurora cuando Edith se retiró á sus habitaciones. Por un momento dudó Florencia si era realidad lo que veía; pero sí, si lo era: amanecía y ya no quedaban en la chimenea sino cenizas negras de una lumbre apagada.

Así fué como la feliz pareja pasó la noche de su vuelta al hogar.

CAPÍTULO XXXVI

EL BANQUETE DE ESTRENO

Muchos días transcurrieron sin variación alguna, si no era por causa de las numerosas visitas que recibían y que iban devolviendo. Mistress Skewton tenía su corte matinal, siendo uno de sus cortesanos más asiduos el comandante Bagstock. Florencia no volvió á tropezar con la mirada de su padre, aunque le veía diariamente. Tampoco tuvo ocasión de hablar despacio con su nueva mamá, que era imperiosa y altanera con todos, excepto con ella — Florencia lo notaba. — Aunque siempre, al regresar de sus visitas, no dejaba Edith de enviar recado á Florencia llamándola ó yendo ella misma á buscarla; aunque siempre, antes de acostarse, subía Edith por la noche al cuarto de Florencia y siempre también, á cualquier hora, no perdía ninguna oportunidad de encontrarse con ella, aunque todo esto era evidente también lo era que al lado de su joven compañera estaba silenciosa y pensativa.

Florencia, que tantas esperanzas había fundado en el casamiento de su padre, á veces, comparando la brillante casa con la triste vivienda de antes, se pre-